

Hungría, la democracia impopular

Autor: Felipe Galli

Estudiante de Ciencias Políticas (UBA). Especialista en temas electorales.

Hungría, como casi todos los países del extinto Bloque del Este, accedió a la democracia multipartidista en 1989, con el colapso del régimen comunista, y desde entonces ostentó una política pro occidental siempre considerada alineada con la Unión Europea y, muy de vez en cuando, con los Estados Unidos. Sin embargo, el pueblo húngaro evidentemente no está acostumbrado a que dominen sus asuntos. Es un pueblo (y por tanto, un electorado), con una larga trayectoria de ruptura de esquemas.

Por muchos siglos el reino húngaro fue una potencia mundial que, si bien no llegó nunca a expandirse fuera de sus fronteras y establecer colonias, causó el terror y el respeto de países vecinos, incluyendo los turcos otomanos.

Luego de que, tras un esfuerzo descomunal, el imperio austríaco lograra conquistarlo, las revueltas y rebeliones contra el régimen imperial fueron brutales, obligando a los emperadores austríacos a hacer muchas concesiones, que culminaron con el establecimiento de la monarquía Austro-Húngara.

Después de la Primera Guerra Mundial, Hungría, como muchos países europeos de la época, fue gobernada por un dictador conservador, el tirano Miklós Horthy, que se unió a las Potencias del Eje en la Segunda Guerra y conquistó varios territorios para su nación, los cuales le serían obviamente retirados tras el fin del conflicto, con una invasión de parte de la Unión Soviética. Ahí, finalmente, se llamó a elecciones por primera vez.

El comunismo hizo una gran campaña, adjudicándose la liberación de Hungría, y el pueblo se lo agradeció muy cortesmente con un sonoro 17% de los votos... contra el 57% que sacó una coalición de centro. Así, incluso con Stalin mirando desde la frontera (e incluso con tropas dentro del país) los votos anti-soviéticos fueron demasiados como para eliminar el resultado.

Sin embargo, claro está, para la siguiente elección, todos los socialdemócratas, centristas y derechistas habían sido juzgados y declarados culpables de fascismo, por lo que el comunismo se las arregló para ganar el poder y declarar la “Democracia Popular”.

En 1956, con el comunismo en su apogeo en todo el bloque, sin embargo, el pueblo volvió a dar a entender que no iba a dejar que nadie, y menos un grupo de extranjeros (y para empeorarla, de Rusia) aplastara su deseo de neutralidad.

Hasta el propio presidente húngaro impuesto por la Unión Soviética, Imre Nagy, había declarado que quería que Hungría fuera neutral en 1955 (cosa que le valió una estadía en el campo de “rehabilitación nacional y popular”).

El 23 de octubre de 1956, se desató una manifestación por la inflación y los bajos salarios. El gobierno respondió con balas, como era de esperarse. A las pocas semanas, prácticamente de forma espontánea y sin siquiera un líder opositor, el grupo de veinte húngaros nacionales y populares que hablaban ruso fue pisoteado por un grupo de húngaros vendepatrias antinacionales y antipopulares que hablaban húngaro.

Al día siguiente, y con el gobierno comunista aplastado, Nagy volvió a asumir el cargo de jefe de gobierno y acordó convocar a elecciones, pero la Unión Soviética decidió realizar una invasión “amistosa” a favor de los comunistas, y luego de engañar al nuevo gobierno diciendo que querían negociar la retirada, entró y ejecutó todo el que se interpuso.

Pero abandonando la historia, en 1989, se llama a elecciones en el marco de la transición al capitalismo, y es muy obvio decir que gana la derecha. Ahí comienza un nuevo período, el de la “Democracia Liberal”.

Se reparten las victorias electorales en un bipartidismo entre el Partido Socialista Húngaro (MSZP) y una extraña conjunción de derecha nacionalista o neoliberal (depende la época, el contexto y el presidente estadounidense de turno) llamada Fidesz-Unión Cívica Húngara, presidida y liderada por el nacionalista conservador Viktor Orbán. Y es de Orbán del que vamos a hablar hoy.

En 2006, el candidato socialista Ferenc Gyurcsány obtuvo la reelección muy ajustadamente y sin mayoría absoluta en el parlamento. Tan solo unos meses después, metió la pata hasta el fondo al dar un discurso, que fue grabado, en el que admitía que no tenía idea de cómo gobernar el país, que todo “se estaba hundiendo”, que “este maldito país” era ingobernable y finalizó con decir que habían cometido actos de corrupción. Cometió además el error de hacerlo el 23 de octubre... día de la Revolución.

A pesar de la enorme protesta, Gyurcsány logró llegar vivo casi hasta el final del período legislativo, cuando en 2009 estalló la Gran Recesión. Entonces sí, dimitió y asumió su segundo, que logró remar a duras penas hasta las elecciones de 2010.

Las encuestas daban una arrolladora victoria a Orbán y su partido Fidesz, cosa que al final ocurrió: obtuvo el 52.73% de los votos y una aplastante mayoría de dos tercios, con 263 de los 386 escaños del parlamento. El socialismo, con el 19.30%, quedó reducido a su mínima expresión. Con esa mayoría, Orbán asumió el cargo de primer ministro por segunda vez, pues ya lo había ejercido en los años 90.

Durante su mandato, Orbán ha logrado enfurecer a gran parte de la Unión Europea por su clara postura eurocéptica (nacionalista, defensivo, proteccionista) y sus políticas sociales conservadoras, además de las acusaciones de represión y compra de medios opositores, a fin de asfixiar la crítica mediática. No obstante, su pueblo parece quererlo bastante, debido al crecimiento económico y su política “antiinmigratoria”. Todo el mundo habla del muro de Donald Trump, pero pocos saben que en 2015 Orbán en realidad construyó un muro entre Hungría y Serbia para impedir el paso de los refugiados musulmanes.

Hablando, sin embargo, de lo político e institucional, Orbán ganó no solo la primera magistratura con su aplastante victoria, sino una mayoría de dos tercios, por lo que podía modificar la constitución y la ley electoral a su antojo. Teniendo en cuenta que el partido está prácticamente moldeado alrededor de él, el apoyo de sus diputados es garantizado.

Realizó varios cambios a la Carta Magna de su país, pero solo dos destacaron en los medios internacionales. Primero, prohibió terminantemente el matrimonio igualitario, cosa que desató obvias protestas del colectivo LGBT. Segundo, ahora que tenía esa mayoría de dos tercios, no se iba a prestar a perderla tan fácilmente.

El sistema electoral húngaro, en virtud de la ley electoral de 1990, es una mezcla entre la representación por lista, el escrutinio uninominal, la representación proporcional a nivel nacional, y el sistema de ballottage.

Los húngaros deben emitir un voto por un candidato de su distrito, otro por la lista del partido a nivel nacional y, si el candidato más votado no ha superado el 50% de los votos, se recurrirá a un ballottage entre los dos candidatos más votados. De este modo, un partido que reciba el 30% de los votos, pero solo triunfe en 10 distritos, puede quedarse con el 25% de los escaños proporcionales y el 30% de los escaños nacionales, lo que le daría un aproximado de 80 o 90 escaños.

La participación debe superar el 50% del electorado registrado en la primera vuelta, y el 25% en la segunda para que la elección nacional sea considerada válida.

Dado que, con este sistema, una mayoría de dos tercios es un hito único y un logro electoral imposible de repetir (es insostenible mantener a tantas miles de personas contentas con un gobierno y, al mismo tiempo, atender las necesidades y deseos del nuevo electorado que va llegando con el paso de los años), Orbán recurrió a una

táctica muy sucia: disminuir el número de diputados. De 386 en 2010, pasó a haber 199 en 2014. De este modo, era muy probable que conservara esa mayoría.

Cuando se le cuestiona a Orbán sobre esos asuntos, y sobre la compra de los medios, y sobre el autoritarismo partidario, y sobre cualquier cosa que a él lo moleste, Orbán se limita a responder que él es un líder “demócrata iliberal”, y que cree que la democracia liberal “es lo que ha hundido al país”.

Así, en 2014, aunque la coalición de centroizquierda Unidad recibió casi el 26% de los votos, solo tuvo bajo su control el 19% de los escaños. Fidesz conservó la mayoría de dos tercios no recibiendo ni la mitad del voto popular (44.87%), y siguió haciendo los cambios constitucionales que quiso.

De este modo, podemos decir que Hungría ingresó en su tercera fase republicana. Primero fue una “democracia popular”, luego fue una “democracia liberal”, y ahora, ha iniciado esta nueva “democracia iliberal” presidida por este carismático líder de derecha.

Hace unos días, el 8 de abril de 2018, el primer ministro Orbán obtuvo otra resonante reelección, con el 48.89% de los votos y 134 de los 199 escaños. Pero la sorpresa real de la jornada recae en quien quedó segundo.

El Movimiento por una Hungría Mejor, abreviado Jobbik, es un partido fascista de extrema derecha, basado en el modelo del Partido de la Cruz Flechada (gobernante del país en los últimos meses de la Segunda Guerra). Logró imponerse ante un Partido Socialista cada vez más desacreditado con el 19.33% (1933, irónico) y 25 escaños. Su líder, Gábor Vona, es ahora líder de la oposición húngara.

¿Cómo llegaron hasta ahí? Simple, Vona cambió su discurso al que tanto le ha servido al primer ministro Orbán, e incluso a atraído a los votantes con un discurso inmigratorio más liberal y tranquilo que el de Orbán. Obviamente, esto es una pantalla electoral, nada más.

En lo personal, le deseo mucha suerte al señor Orbán en este tercer mandato, porque si no la tiene, dejaremos de mirar con miedo a Alternativa para Alemania, el partido extremista que logró 93 escaños el año pasado, y empezaremos a temer que Hungría, el país que siempre ha roto el esquema, sea el primero en caer en la vorágine populista.